

UN LIBRERO
ÁLVARO CASTILLO GRANADA*

RANDOM HOUSE MONDADORI, BOGOTÁ,
COLOMBIA, 2018, 136 p.

Liany Vento García¹

* **Cómo citar esta reseña:** Vento García, L. (2021). Reseña del libro *Un librero*, de Álvaro Castillo Granada. *Estudios de Literatura Colombiana* 48, pp. 311-314. DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.elc.n48a19>

¹ <https://orcid.org/0000-0001-7045-5869>

lianvento@gmail.com

Universidad de Concepción, Chile

Un librero, del colombiano Álvaro Castillo Granada, bajo el sello de la prestigiosa Random House Mondadori, tuvo su primera edición en febrero de 2018, y en julio de ese mismo año ya se premiaba con una tercera. Este libro no es solamente una serie de relatos a los que conecta el tema de las librerías y la labor del librero, hablando en términos muy generales, sino que invita a pensar en la posibilidad de una literatura feliz, en contraposición a los comentarios de Vargas Llosa en *Un mundo sin novelas* (2000), en donde declara que la literatura no dice nada a los seres humanos satisfechos con su suerte, a quienes colma la vida tal como la viven.

Dentro de este volumen de dieciséis cuentos, la palabra insatisfacción como generadora del espacio ficcional vacila, se tambalea, pues no hay dudas de que la satisfacción en la labor de Álvaro como librero es la que impulsa su oficio de escritor. Lo anterior no solo es evidente en escoger estos temas (cosa rara, podría decirse) para componer un libro de cuentos; también en esa fascinación con la que los distintos narradores piensan el acto de la lectura y el oficio de librero; se lee en el cuento

Editores: Andrés Vergara Aguirre, Christian Benavides Martínez, Valentina Noreña Gómez

Recibido: 16.07.2020

Aprobado: 09.11.2020

Publicado: 18.12.2020

Copyright: ©2021 *Estudios de Literatura Colombiana*.
Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la [Licencia Creative Commons Atribución – No comercial – Compartir igual 4.0 Internacional](#)



“Según pasan los años”: “siempre que se lee es la primera vez, los lectores ya no somos los mismos, el libro tampoco es el mismo. Releer es reencontrar y reencontrarse. Descubrir otro y verificar que en la lectura no importa que el tiempo pase: siempre es el primer día” (p. 123), y más adelante: “Los dos nos encontramos para darnos la mano, libreros que somos, que nunca dejaremos de ser, y entregarnos un libro que se convierte en una ruta, una aventura, un destino” (p. 127).

No es posible reseñar *Un librero* sin hablar de la pasión de Álvaro Castillo por su oficio; el origen de su vocación como escritor parte de su vocación por ser librero, no hay una sin la otra. Sus demonios, a la hora de escribir, son demonios culturales. Una vez instalado en la librería, son los libros los que le aportan el material, las interrogantes y las sorpresas, como se lee en el cuento “De Julio para Carvert”: “en el momento en que el libro llega a mis manos se inicia una nueva historia” (p. 85), y aunque sabe que lo que escribe no va a explicarle el misterio, el recorrido, el territorio, la memoria que habita en los libros (p. 81), intenta en cada texto precisamente eso, y revelar (sin que esta palabra implique que el discurso está alejado de lo literario) qué azar milagroso opera en que los libros lleguen a sus manos: “Será acaso que los libros están destinados a sus lectores” (p. 88).

Un librero se inscribe en la llamada literatura de autoficción. Aunque toda escritura pareciera serlo —en todas ellas el escritor trabaja con sus demonios personales de una manera u otra—, en este libro es muy evidente: baste buscar una foto de su autor para que veamos cómo coincide con el librero que nos es presentado en el cuento “La piel suave”: “Para que usted sepa, señora, cómo soy: calvo, barbado, gafas John Lennon, dos aretes en la oreja izquierda y las muñecas llenas de pulseras” (p. 12). Más allá de la descripción física de un librero, desfilan nombres, hechos, libros, todos reales como resultan, por exponer algunos ejemplos, los escritores cubanos Soleida Ríos, Antón Arrufat, el dirigente de las FARC Yesid Arteta Dávila; se aborda un atentado casi desconocido a Fulgencio Batista, y aparece, como narrador protagonista de un relato, el libro *Sonetos* de William Shakespeare.

En la autoficción, género que se nutre de lo autobiográfico y de lo ficcional, no es la vida real de Álvaro Castillo lo que importa, sino cómo esa vida nos entrega una realidad otra donde son los libros los que atesoran la memoria, los que enlazan a las personas sin que importe el paso del tiempo, evidente en el relato “Como todo en la vida”, donde Cortázar parece tan vivo, tan presente. En toda autoficción al lector le

cuesta discernir qué es verdad y qué no. En este libro seduce el juego literario entre verdad y ficción; puede comprobarse que son reales los libros que se mencionan, las librerías... pero no puede comprobarse si todos los personajes existen en realidad, si al librero en verdad le gusta mirar el busto de todas las mujeres, si una muchacha le pidió en determinado parque que la llevara a hacer el amor, o si existe Maximiliano, quien en el cuento “La victoria” aparece como encargado de la Sala de Archivos Literarios de Escritores Chilenos, y es quien posibilita el encuentro entre dos colombianos en Chile.

Lo anterior es muy llamativo en el cuento “Celia presa”, lectura en la cual domina el impulso a preguntarse qué es ficción y si los protagonistas existen en la vida real: uno, el librero y escritor Álvaro Castillo, narrador personaje; otro, “Yezid Arteta Dávila, por ese entonces el miembro de las FARC de más alto rango capturado por el ejército” (p. 102). En este relato, el recuerdo llega por un libro que es reencontrado; escena que no es expuesta al inicio sino casi al final de la historia, que está contada en retrospectiva. Escena totalmente real, según el propio Álvaro en conversación con la autora de esta reseña. La ficción surge cuando el lector se percata de que todos los recuerdos, toda la memoria, el inicio, el intermedio, el final, todo, es marcado por libros, son ellos los que van estableciendo las relaciones; aquí los humanos son personajes secundarios que permiten que los libros permanezcan; son voces que hablan por los libros y de ellos, como expresó la escritora colombiana Pilar Quintana a propósito de *Un librero*: “Este libro debe abrirse con cuidado, pues contiene la vida secreta de los libros: las manos que los acariciaron, los lugares que recorrieron, las obsesiones que despertaron, las amistades y los amores de los que fueron cómplices”. En el cuento “Celia presa”, el libro Celia se pudre es el que representa la agonía de Yezid, el que cuenta su historia; no es el hombre el que ha estado preso, detenido por el ejército, es el libro (los libros) el que ha sido liberado y reencontrado por el librero, y quien decide en la vida y destino de los personajes.

Aquí cabría preguntarse si en todos los cuentos aparece Álvaro Castillo, el hombre real. Yo diría que, aunque coincide en muchos aspectos, no es él. En la entrevista de 2018 “El hombre que encontró, entre los libros, su lugar en el mundo”, Castillo Granada expresó: “El librero que yo quiero ser, también es el que me gustaría encontrarme. A partir de ese anhelo he intentado crear al que soy”. Crear al que soy. Un ejercicio de ficción que en las páginas de *Un librero* está eficientemente logrado.

El otro que Castillo Granada revela en textos como “Los sonetos”, donde, como se dijo anteriormente, el narrador es un libro, parte de un análisis sobre sí mismo y su realidad, pero se desdobra, y aunque predomina la primera persona, utiliza distintas perspectivas. Ese yo es muchas personas a la vez; siempre que alguien habla o escribe deja constancia de la voz de muchos otros; por medio de Álvaro Castillo el escritor, no solo habla el librero, hablan todos los amantes de los libros, todos los libreros (no en vano *Un librero* está dedicado a otros que tienen también su mismo oficio), todos los escritores que ha leído, todos los que se han pronunciado a favor de la lectura, que sería decir todos los escritores. Lo anterior habla, por supuesto, de un horizonte utópico donde los libros son verdaderos libertadores y unificadores de los hombres, la utopía de que no desaparezca el género de “los buenos lectores” (p. 103), concepto que, a partir de la lectura de *Un librero*, también se puede alcanzar a definir.

De este modo, el libro de Castillo Granada se nos presenta no solo como una lectura fluida, exquisita por la limpieza y edición de la escritura; también como reflexión sobre la lectura y el oficio del librero, sobre la pasión que despiertan los libros no solo por el contenido, sino como objeto; también sobre el azar, que hace posible encuentros imprevistos. Libro que parte de la felicidad y que a ella se dirige, demostrando que en lo feliz también pueden anidar verdaderas obras de ficción.